

Lectio divina y San Agustín

Lectura, interpretación e interiorización de la Palabra de Dios*

Un rasgo sobresaliente de los grandes Padres de la Iglesia –entre los que contamos a Agustín de Hipona (354-403)– es la evidente raigambre bíblica de su pensamiento y su doctrina, que aflora a lo largo y ancho de su obra literaria. Característica ésta no precisamente fortuita, sino producto de una profunda compenetración con el texto sagrado, testigo de una «lectio divina» personal, asidua y perseverante.

En el monacato agustiniano una característica importante –además de novedosa– era el estudio y la lectura, que descansaban prioritariamente sobre las Sagradas Escrituras. No deja de ser interesante el «programa de estudios» trazado por Agustín para sus clérigos y monjes, en dos de sus obras: *Sobre la doctrina cristiana*¹ y *Sobre la Trinidad*². En la

* De Roberto Peña, oceso.

¹ *De doctrina christiana libri IV (De doct. christ.)*: compuesta en Hipona; desde el libro primero al tercero (hasta el cap. 35) en 397; desde el tercero (cap. 36) y el libro cuarto en 426/427. Es una síntesis dogmática basada en el *uti* y el *frui*, y un manual de interpretación de la Sagrada Escritura; trata el tema de la educación y la cultura; es importante para la filosofía del lenguaje. El texto latino se encuentra en PL 34, 15-122; ed. crítica de J. Martin en *Corpus Christianorum. Series Latina* (= CCL) 32 (1962), pp. 1-167. Trad. castellana en *Obras de San Agustín* (= ODSA), t. XV, 1957, pp. 55-349 (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid [= BAC] 168).

El título general de esta obra es equívoco, pues puede sugerir que Agustín hace una exposición completa de toda la doctrina cristiana, cuando en realidad los tres primeros libros tratan del valor de las ciencias auxiliares y establecen las reglas para descubrir los múltiples sentidos de la Escritura, sobre todo, del místico y alegórico (principios hermenéuticos bíblicos), y el libro cuarto versa sobre cómo ha de exponerse lo que se ha hallado en el Libro sagrado.

inteligencia reside el saber y, aunque es una e indivisible, no obstante en ella se pueden distinguir el conocimiento o ciencia de las verdades divinas (*sapientia*) y el conocimiento de las cosas humanas (*scientia*)³. Para Agustín la ciencia sagrada estaba formada por el conjunto de verdades que la autoridad de la Revelación divina propone a nuestra fe, las cuales nos son transmitidas de forma experiencial e histórica por medio de la Sagrada Escritura. Es considerada como ciencia en cuanto que la inteligencia se aplica al conocimiento del contenido de la fe (*sapientia*). La ciencia sagrada, por tanto, tiene su punto focal en la Biblia y, de hecho, el obispo de Hipona propone la sustitución de las letras paganas en la educación de los clérigos y monjes, por la ciencia sagrada⁴. No obstante esta

² *De Trinitate libri XV (De Trin.)*: compuesta en Hipona; de 399 a 422/426. Presenta la doctrina de las relaciones, la relación entre misterio trinitario y gracia, las propiedades personales del Espíritu Santo. «Es la obra dogmática principal, que ha ejercido una influencia decisiva sobre la teología trinitaria occidental. Con finalidad teológica se exponen: la doctrina bíblica, la teoría de las relaciones, la explicación "psicológica" o del hombre imagen de la Trinidad, las propiedades personales del Espíritu Santo, que es el Amor y la Comunión del Padre y del Hijo» (A. Trapè, *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane* [= DPAC] 1, 96-97).

Texto latino en PL 42, 819-1098; ed. crítica de W.J. Mountain y F. Glorie en CCL 50-50A (1968), pp. 27-335. Trad. castellana en ODSA, t. V, 1948, pp. 127-943 (BAC 39).

³ «Los que disputan acerca de la sabiduría la definen diciendo: *Sabiduría es la ciencia de las cosas divinas y humanas*. Por esta razón, yo no silencé en el libro precedente que se podía llamar sabiduría o ciencia el conocimiento de las cosas divinas y humanas. Pero al tenor de la distinción del Apóstol, donde dice que *a uno le ha sido dada palabra de sabiduría y a otro palabra de ciencia (1 Co 12,8)*, es menester dividir dicha definición, llamando en sentido propio sabiduría a la ciencia de las cosas divinas y dando el nombre de ciencia al conocimiento de las cosas humanas» (*Sobre la Trinidad XIV,1,3*. Trad. castellana en ODSA, t. V, 1948, pp. 767-769 [BAC 39]).

⁴ Hablando de sí mismo a Volusiano, Agustín dice: «Añades que interesa a mi fama el contestar a tu consulta, pues aunque pudiera tolerarse la falta de ciencia en otros sacerdotes, sin detrimento del culto divino, cuando se trata de mí, que soy obispo, es una falta a la ley cuanto haya de ignorancia. En primer lugar, te ruego que depongas esa opinión que tan fácilmente presumes acerca de mí persona; que dejes y abandones esa creencia, aunque esté llena de

orientación, Agustín no dejó de lado la *scientia* pues según él, el conocimiento de las cosas humanas es imprescindible para entender bien la doctrina divina (*sapientia*). Así se comprende cómo para el obispo de Hipona, es útil valerse de los aportes de las lenguas, las ciencias naturales, las matemáticas y la música, la misma historia humana y la astronomía, las diversas artes y oficios, la dialéctica y la oratoria y, principalmente, la filosofía, siempre y cuando no se opongan a la fe profesada⁵.

La misma exégesis o interpretación de la Sagrada Escritura –otro tema importante en muchos Padres– fue de especial relevancia en el obispo de Hipona, quien llegará a influenciar notablemente toda la exégesis latina de la Edad Media. Su método interpretativo fue fundamental para la posteridad: *lectio, emendatio, ennarratio, iudicium*. Por otro lado, Agustín considera la Biblia como *discurso de Dios*, que se desarrolla según determinadas reglas retóricas. Por tal motivo debe leerse con suma atención cada frase, cada palabra. En líneas generales su interpretación se desarrolló en una perspectiva pastoral: predicación litúrgica, respuestas a las dificultades que le presentaban, búsqueda religiosa. Fue así que se dejó conducir por dos principios básicos: 1º) nada que sea indigno de Dios (*delectare*); 2º) todo para edificación de la caridad (*prodesse*). La exégesis

benevolencia para conmigo. Cuando se trata de mí, has de crearme a mí antes que a ningún otro, si quieres corresponderme con amor. Porque es tal la profundidad de las Escrituras cristianas, que mi adelantamiento no tendría fin, aunque me ocupara en estudiarlas a ellas solas desde la primera infancia hasta la decrepita senectud, con holgura completa, con extremo afán y con mejor ingenio. No es tanta la dificultad cuando se trata de saber las cosas que son necesarias para la salvación. Pero una vez afianzada la fe, sin la cual no se puede vivir piadosa y rectamente, quedan para los avanzados tantos problemas, tan velados entre múltiples sombras misteriosas; hay tan profunda sabiduría no sólo en las palabras en que se presentan, sino también en las realidades que han de ser entendidas, que a los más animosos, agudos, ardientes en el afán de conocer, les acaece lo que la misma Escritura dice en cierto lugar: *Cuando el hombre termina, entonces empieza (Si 18,6)*» (*Epístola 137,1,3*. Trad. castellana en ODSA, t. XIa, ³1987, pp. 104-105 [BAC 99]). La carta es de poco después de 411 o comienzos de 412.

⁵ Este tema es desarrollado con prolijidad en *Sobre la doctrina cristiana* II, 39-61; IV, 2-3.

de Agustín presenta, de hecho, una teoría muy completa de la interpretación, unida a una gran consideración por la transmisión de la hermenéutica antigua, tomando en cuenta la filosofía del lenguaje. Hay en el obispo de Hipona una visión grandiosa de la unidad de la historia de salvación: unidad de la Biblia, unidad de los dos *Testamentos*⁶. Estos son sus mayores logros que también estarán presentes en un gran número de los comentarios exegéticos de los siglos siguientes.

San Agustín no trató el tema de la «lectio divina» en forma particular y extensa, pero en varios lugares de su obra habla de la Sagrada Escritura con pensamientos iluminadores –aptos para la reflexión– sobre la lectura, meditación e interiorización de la Palabra de Dios. Presentamos, pues, una selección de estos pasajes, introducidos por un breve enunciado que quiere sintetizar la idea agustiniana, aunque se debe tener en cuenta que en un mismo texto el obispo de Hipona une con frecuencia varios aspectos, por lo que cada pasaje puede referirse, de hecho, a más de una sola realidad. La traducción adoptada es, con algunas variantes, la de ODSA (BAC); omitimos dar las referencias bibliográficas de cada texto, pero sí ofrecemos en nota a pie de página los datos generales de la obra agustiniana citada.

⁶ Sobre la relación entre ambos Testamentos, Agustín nos dejó varios textos esclarecedores, por ejemplo: «Es evidente que no sólo toda la Ley y los Profetas -que hasta entonces, cuando el Señor predicaba, constituían la única Escritura Santa- sino también todos los libros divinos que más tarde han sido reconocidos para nuestra salvación y conservados para nuestra memoria, se apoyan en estos dos preceptos del amor de Dios y del amor del prójimo (*Mt* 22,40). Por esta razón, en el Antiguo Testamento está velado el Nuevo, y en el Nuevo está la revelación del Antiguo» (*La catequesis de los principiantes*, 4,8. Trad. castellana en ODSA, t. XXXIX, 1988, pp. 459-460 [BAC 499]).

En *La Ciudad de Dios* esta idea se explicita más aún: «Este es el misterio del Antiguo Testamento, donde latía el Nuevo. Allí se prometían y daban bienes terrenos, pero los espirituales de entonces entendían y predicaban, aunque aún no abiertamente, que aquellos bienes temporales eran figura de la eternidad y en qué dones de Dios se hallaba la verdadera felicidad» (IV,33). «Todo respira novedad, y el Viejo Testamento se hace presente en el Nuevo. ¿Qué es el Viejo Testamento sino la ocultación del Nuevo, y qué el Nuevo sino la manifestación del Viejo?» (XVI,26,2). Trad. castellana en ODSA, t. XVI-XVII, 1958, pp. 324. 1132 (BAC 171-172).

a. La Sagrada Escritura contiene vida, pues es la Palabra de un Dios que es vida del alma

1) «He mostrado que el alma puede ser muerta. Y sólo un alma impía puede contradecir el Evangelio... Sólo un alma muerta puede contradecir a la vida. El Evangelio es vida, y la impiedad o infidelidad es la muerte del alma. He ahí cómo puede morir, aun siendo inmortal. Pues ¿cómo es inmortal? Porque siempre hay una vida que en ella nunca se extingue. ¿Y cómo muere? No dejando de ser vida, sino perdiendo la vida. Porque el alma es vida para otro elemento y ella misma tiene su vida. Considera el orden de las criaturas. Vida del cuerpo es el alma; vida del alma es Dios. Así como el cuerpo tiene una vida, esto es, un alma, para no morir, así el alma ha de tener una vida, es decir, Dios, para no morir» (*Sermón* 65,5; sobre el temer a los que matan el alma: *Mt* 10,28; lugar y fecha desconocida)⁷.

b. La Palabra crea un vínculo amistoso entre Cristo y el creyente; hiere como una flecha, pero no causa dolor, sino que invita al amor

⁷ Los sermones de San Agustín son fruto de la predicación de unos cuarenta años. Su contenido es bíblico, litúrgico, hagiográfico y otros. De todos ellos -unos tres o cuatro mil- sólo quedan unos pocos; conocemos unos quinientos setenta con los recién descubiertos.

Texto latino en PL 38, 23-332; ed. crítica de C. Lambot en CCL 41 (1961) [= *Serm.* 1-50]; PL 38, 332-1484 [= *Serm.* 51-340]; PL 39, 1493-1718 [= *Serm.* 341-396].

Para la trad. castellana ver ODSA, t. VII, 1950 (BAC 53) [= *Serm.* 1-50. Sobre el AT]; ODSA, t. X, 1952 (BAC 95) [= *Serm.* 51-116. Sobre los evangelios sinópticos]; ODSA, t. XXIII, 1983 (BAC 443) [= *Serm.* 117-183. Sobre el Evangelio de San Juan, Hechos de los Apóstoles y Cartas]; ODSA, t. XXIV, 1983 (BAC 447) [= *Serm.* 184-272B. Sobre los tiempos litúrgicos]; ODSA, t. XXV, 1984 (BAC 488) [= *Serm.* 273-338. Sobre los mártires]; ODSA, t. XXVI, 1985 (BAC 461) [= *Serm.* 339-396. Sobre diversos temas].

2) «Alégrate de estar redimido; aún no lo estás en la realidad, pero estate seguro en la esperanza. Si no gimes en la esperanza, no llegarás a la realidad. Luego esto no es salud, pues dice: *No hay salud en mi carne debido a tu indignación*. ¿De qué saetas clavadas habla? Llama saetas a la misma pena, al castigo y quizá a los dolores que es necesario padecer aquí, tanto de parte del alma como del cuerpo. De estas saetas habló el santo Job, pues, sufriendo dolores, dijo que se le habían clavado las saetas del Señor. Solemos también tomar las palabras de Dios por saetas; pero, ¿acaso puede éste dolerse de haber sido herido de este modo por ellas? Las palabras de Dios, que son como saetas, excitan amor, no causan dolor» (*Enarraciones sobre los salmos 37,5*)⁸.

3) «*La caridad que procede de un corazón puro* es la que se ajusta a la norma de Dios y *dimana de una conciencia buena y de una fe no fingida*. Esta caridad definida por el Apóstol contiene en sí dos preceptos: el amor a Dios y el del prójimo. Ninguna otra cosa busquen en la Escritura; nadie les mande otra cosa. En todo lo que en la Escritura está oculto, está oculto este amor, y en todo lo que en ella es patente, se halla patente este amor. Si en ninguna parte apareciese claro, no te alimentaría; si en ninguna apareciese oculto, no te ejercitaría» (*Enarraciones sobre los salmos 140,2*; Hipona, años 394 - h. 422).

c. Es pan cotidiano del cristiano junto con el pan eucarístico y, al igual que éste, debemos pedirlo frecuentemente en la oración

4) «*Danos hoy nuestro pan de cada día*: puede entenderse también perfectamente referido a la Eucaristía, alimento de cada día. Saben muy

⁸ *Enarrationes in Psalmos (En. in Ps.)*: Hipona; 394 - h. 422. Obra muy amplia con un rico contenido espiritual. «La única exposición completa sobre los Salmos en la patrística» (A. Trapè, DPAC 1,97).

Texto latino en PL 36-37; ed. crítica de E. Dekkers y J. Fraipont en CCL 38-40 (1956). ODSA, t. XIX, 1964 (BAC 235) [= *En.* 1-40]; ODSA, t. XX, 1965 (BAC 246) [= *En.* 41-75]; ODSA, t. XXI, 1966 (BAC 255) [= *En.* 76-117]; ODSA, t. XXII, 1967 (BAC 264) [= *En.* 118-150].

bien ya los bautizados qué es lo que reciben y cuán bueno es para ellos recibir este pan de cada día, necesario para esta vida. Rueguen por sí mismos, para llegar a ser buenos y para perseverar en la bondad, en la fe y en la vida santa. Esto desean, esto piden, pues si no perseveraran en la vida santa serían apartados de aquel pan. ¿Qué significa, por tanto, *Danos hoy nuestro pan de cada día?* Vivamos de tal modo que no seamos apartados de tu altar. También la palabra de Dios que día a día se les explica y en cierto modo se les reparte, es pan de cada día. Y del mismo modo que los vientres tienen hambre de aquel pan, así las mentes la sienten de éste. También éste lo pedimos sin añadir más; en el pan de cada día se incluye cuanto es necesario en esta vida para nuestra alma y para nuestro cuerpo» (*Sermón 58,5*; sobre la entrega del Padrenuestro; Hipona, entre 412-416).

d. Por medio de ella Dios mismo nos enseña a vivir como cristianos

5) «El Cuerpo de esta Cabeza es la Iglesia, no sólo la que está aquí, sino también la que se halla extendida por toda la tierra; y no sólo la de ahora, sino la que existió desde Abel hasta los que han de nacer y creer en Cristo hasta el fin del mundo; es decir, la Iglesia es todo el pueblo de los santos que pertenecen a una ciudad. Esta ciudad es el Cuerpo de Cristo, la cual tiene por Cabeza a Cristo. De ella son también nuestros conciudadanos los ángeles, con la diferencia de que nosotros peregrinamos y trabajamos, y ellos esperan en la ciudad nuestra llegada. De aquella ciudad a la que nos dirigimos nos fueron enviadas cartas, las Santas Escrituras, que nos exhortan a vivir bien. Pero ¿diré que únicamente nos llegaron cartas de allí? El mismo Rey descendió y se hizo camino para nosotros en esta peregrinación, a fin de que, andando en él, no erremos ni desfallezcamos, ni caigamos en manos de ladrones, ni nos precipitemos en los lazos que hay colocados a la vera del camino» (*Enarraciones sobre los salmos 90,2,1*; Hipona, años 394 - h. 422).

e. La Escritura es como un espejo en el que podemos mirarnos y ver nuestro grado de identificación con Cristo

6) «Tengamos firme esperanza y cantemos [los salmos] regocijándonos. Pues quienes cantan no son extraños a nosotros, ni tampoco podemos decir que no se halle nuestra voz en este salmo. Oigan como si se oyesen a ustedes mismos, oigan como si se contemplasen en el espejo de las Escrituras. Pues, cuando consideras la Escritura como un espejo, se regocija tu rostro al encontrarte, por el alborozo de la esperanza, semejante a ciertos miembros de Cristo que cantaron estas cosas, pues también tú te hallarás entre estos miembros y cantarás estas cosas» (*Enarraciones sobre los salmos* 123,3; Hipona, años 394 - h. 422).

f. Ante ella solamente es digna una lectura creyente, pues invita a la fe y al amor

7) «... si toda la Escritura divina, que ha sido escrita antes de su venida, ha sido escrita para preanunciar la llegada del Señor, y si todo cuanto más tarde fue recogido en las Escrituras y confirmado por la autoridad divina, nos habla de Cristo y nos invita al amor, es evidente que no sólo toda la Ley y los Profetas —que hasta entonces, cuando el Señor predicaba, constituían la única Escritura Santa—, sino también todos los libros divinos que más tarde han sido reconocidos para nuestra salvación y conservados para nuestra memoria, se apoyan en estos dos preceptos del amor a Dios y del amor al prójimo. Por esta razón, en el Antiguo Testamento está velado el Nuevo, y en el Nuevo está la revelación del Antiguo» (*La catequesis de los principiantes* 4,8)⁹.

⁹ *De catechizandis rudibus liber I (De cat. rud.)*: obra compuesta en Hipona; 399 (o 400?), otros la fechan después de 404. Sobre la catequesis a principiantes (o de los sencillos).

Texto latino en PL 40, 309-348; ed. crítica de J.B. Bauer en CCL 46 (1969), pp. 121-178. Trad. castellana en ODSA, t. XXXIX, 1988, pp. 448-534 (BAC 499).

g. La Sagrada Escritura es libro humano/Palabra divina que debe ser acogida con fe y amor

8) «*La caridad que procede de un corazón puro es la que se ajusta a la norma de Dios y dimana de una conciencia buena y de una fe no fingida*. Esta caridad definida por el Apóstol contiene en sí dos preceptos: el amor a Dios y el del prójimo. Ninguna otra cosa busquen en la Escritura; nadie les mande otra cosa. En todo lo que en la Escritura está oculto, está oculto este amor, y en todo lo que en ella es patente, se halla patente este amor. Si en ninguna parte apareciese claro, no te alimentaría; si en ninguna apareciese oculto, no te ejercitaría» (*Enarraciones sobre los salmos* 140,2; Hipona, años 394 - h. 422).

h. Está inspirada por Dios, quien por su Espíritu habló a los hombres por medio de los hagiógrafos

9) «... Para que nadie crea en modo alguno a los que le amonestan o le cuentan o le afirman que son más útiles las cosas profanas que la verdad de la Santa Escritura, brevemente he de decir que nuestros autores sagrados conocieron sobre la figura del cielo lo que se conforma a la verdad, pero el Espíritu de Dios, que hablaba por medio de ellos, no quiso enseñar a los hombres estas cosas que no reportaban utilidad alguna para la vida futura» (*Sobre el Génesis a la letra* II,9,20)¹⁰.

¹⁰ *De Genesi ad litteram libri XII (De Gen. ad litt.)*: Hipona; de 401 a 416. Comenta los tres primeros caps. del *Génesis*. Dios ha creado todo al comienzo; es importante para la explicación de la doctrina antropológica (libros 6, 7 y 10); presenta dos conceptos o teorías de la creación: 1) simultánea; 2) «razones seminales».

Texto latino en PL 34, 245-486; editado también por J. Zycha en CSEL 28,1 (1894), pp. 1-435. Trad. castellana en ODSA, t. XV, 1957, pp. 577-1271.

i. Nos ayuda iluminando nuestra vida y como camino que conduce a Dios, de quien somos imagen y semejanza

10) «Ustedes, hermanos, consideren que han sido hechos hombres a imagen y semejanza de Dios. La imagen de Dios se halla dentro, no en el cuerpo (...). Allí donde se halla el entendimiento, en donde se halla la mente, en donde se encuentra la razón para investigar la verdad, en donde se encuentra la fe, la esperanza y la caridad de ustedes, allí tiene Dios impresa su imagen» (*Enarraciones sobre los salmos* 48,2,11; Hipona, años 394 - h. 422).

11) «Porque dijo el Señor: *yo soy el camino, la verdad y la vida*, es decir, yo soy por donde se va, a donde se llega y en donde se permanece. Cuando se llega a Él, también se llega al Padre; pues por el Igual se conoce al Igual, enlazándonos y uniéndonos el Espíritu Santo de modo que podamos permanecer en el sumo e inmutable Bien. De donde se infiere que ninguna cosa nos debe detener en el camino, ya que el mismo Señor en cuanto se dignó ser nuestro camino, no quiso detenernos, sino que pasásemos por él hacia adelante, para que no nos apegásemos sin solidez aún a las cosas temporales que Él hizo y usó para nuestra salud, sino que más bien pasemos gozosos corriendo por ellas, para que merezcamos ser transportados y conducidos en hombros hasta Aquel que libertó a nuestra naturaleza de las cosas corporales y la colocó a la diestra del Padre» (*Sobre la doctrina cristiana* I,34,38; Hipona, este libro año 397).

j. No se la lee para saber, sino que se la acoge para vivir y desde allí servir a los demás

12) «... ahora que conozco mi debilidad, debo examinar todas las medicinas contenidas en sus Escrituras y dedicarme a la oración y a la lectura, para que mi alma logre una salud idónea para tan peligrosas ocupaciones [ministerio sacerdotal, del que fue investido súbitamente]. Antes no lo hice, porque no tuve tiempo; precisamente fui ordenado cuando planeaba un tiempo de retiro para estudiar las divinas Escrituras, y quería arreglarme para lograr tiempo libre para esa ocupación. Aún no conocía bastante mis deficiencias para ese empeño, que ahora me

atormenta y aterra. Los hechos me han dado experiencia de lo que necesita un hombre para administrar al pueblo el sacramento y la palabra de Dios. Pero ahora no puedo adquirir lo que comprendo que me hace falta. ¿Es que quieres que yo perezca, padre Valerio?...» (*Epístola* 21,3; a Valerio, obispo de Hipona, año 391)¹¹.

k. La Palabra divina es una carta escrita y enviada por Dios personalmente para nosotros

13) «De aquella ciudad a la que nos dirigimos [celestial] nos fueron enviadas cartas, las Santas Escrituras, que nos exhortan a vivir bien. Pero ¿diré que únicamente nos llegaron cartas de allí? El mismo Rey descendió y se hizo camino para nosotros en esta peregrinación, a fin de que, andando en él, no erremos ni desfallezcamos, ni caigamos en manos de ladrones, ni nos precipitemos en los lazos que hay colocados a la vera del camino» (*Enarraciones sobre los salmos* 90,2,1; Hipona, años 394 - h. 422).

¹¹ Las cartas de San Agustín son de contenido diverso: histórico, filosófico, teológico, exegético, espiritual, literario y autobiográfico. Algunas son verdaderos tratados.

Se las suele agrupar según su fecha de composición:

- *Epistolae* 1-30: desde la conversión (386) a la consagración episcopal (395/396).

- *Epistolae* 31-123: hasta la Conferencia de Cartago (411).

- *Epistolae* 124-231: de 411 hasta la muerte de Agustín (430).

- *Epistolae* 232-270: fecha incierta.

El texto latino se encuentra en PL 33; editado también por A. Goldbacher en CSEL 34,1 (1895) [= *Eps.* 1-30]; 34,2 (1898) [= *Eps.* 31-123]; 44 (1904) [= *Eps.* 124-184A]; 57 (1911) [= *Eps.* 185-270]; 58 (1923). Para la trad. castellana ver ODSA, t. VIII, ³1986 (BAC 69) [= *Eps.* 1-123]; ODSA, t. XI, 1953 (BAC 99) [= *Eps.* 124-231]; ODSA, t. XIa, ³1987 (BAC 99) [= *Eps.* 124-187]; ODSA, t. XIb, ³1991 (BAC 99b) [= *Eps.* 188-270, y nuevas cartas 1*-29*].

1. En ella encontramos en qué consiste la voluntad de Dios y el amor a Dios y a los hermanos

14) «De aquí [la diversidad de lenguas] provino que también la divina Escritura, la cual socorre tantas enfermedades de las humanas voluntades, habiendo sido escrita en una sola lengua en la cual oportunamente hubiera podido extenderse por la redondez de la tierra, se conociera para salud de las naciones divulgada por todas partes debido a las diversas lenguas de los intérpretes. Los que las leen no apetecen encontrar en ellas más que el pensamiento y voluntad de los que la escribieron, y de este modo llegar a conocer la voluntad de Dios según la cual creemos que hablaron aquellos hombres» (*Sobre la doctrina cristiana* II,5,6; Hipona, este libro año 397).

15) «*Sus palabras son suaves como el aceite y ellas son dardos.* Algunas cosas de las Santas Escrituras parecen duras cuando están ocultas, pero son suaves aclaradas. Así tenemos que el primer cisma entre los discípulos de Cristo se originó por la dureza de un sermón [*Jn* 6,54-69: comer y beber su sangre para tener vida]. (...) Atiendan, les ruego, y como párvulos aprendan la piedad. ¿Acaso entendía Pedro ya el secreto de aquella palabra del Señor? Aún no la entendía; pero, viendo que eran buenas las palabras que no entendía, creyó con reverencia. Luego, si es duro el discurso y aún no se ha entendido, sea duro para el impío, pero suave para ti, porque llegará el tiempo en que se aclare y se te convierta en aceite y penetre hasta los huesos» (*Enarraciones sobre los salmos* 54,23; Hipona, años 394 - h. 422).

m. La Palabra nos hace humanamente más dignos y nos diviniza identificándonos con Cristo

16) «La oración empieza así: *Padre nuestro que estás en los cielos.* Hemos hallado un Padre en los cielos, veamos cómo hemos de vivir en la tierra. Quien ha hallado tal Padre debe vivir de manera tal que sea digno de llegar a su herencia. Todos juntos decimos: *Padre nuestro.* ¡Cuánta bondad! Lo dice el emperador y lo dice el mendigo; lo dice tanto el siervo

como su señor. Uno y otro dicen: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Reconocen que son hermanos cuando tienen un mismo Padre. No considere el señor indigno de su persona el tener como hermano a su siervo, a quien quiso tener como hermano Cristo el Señor» (*Sermón 58,2*; sobre la entrega del Padrenuestro; Hipona, entre 412-416).

n. El principio interpretativo por excelencia es el amor: solamente la entiende quien la ama

17) «Quien tiene su corazón lleno de amor, hermanos míos, comprende sin error y mantiene sin esfuerzo la variada, abundante y vastísima doctrina de las Sagradas Escrituras, según las palabras del Apóstol: *La plenitud de la ley es el amor (Rm 13,10)*; y en otro lugar: *El fin del precepto es el amor que surge de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe no fingida (1 Tm 1,5)*» (*Sermón 350,1*; sobre el amor; años 425/430).

o. El esfuerzo intelectual para captar y asimilar la Escritura no es inútil, a condición de que se la lea en el Espíritu que la inspiró, sin hacerle violencia o pretender manipularla

18) «Cuando leamos los divinos libros amemos sobre todo, en la inmensa multitud de verdades que brotan de tan pocas palabras y se apoyan en la firmeza de la fe, lo que parece haber expresado como cierto el autor a quien leemos. Pero si no está claro su pensamiento, puede exponerse aquello que ciertamente no lo prohíben las circunstancias de la Escritura y concuerda con la fe pura. Pero si atendiendo a los inconvenientes de la Escritura no puede tratarse ni discutirse, quedémonos tan sólo con lo que prescribe la fe sana y pura. Pues una cosa es no desconocer lo que principalmente sintió el escritor y otra apartarse por error de la regla de la piedad. Si una y otra cosa evita el que lee, obtendrá fruto cumplido; pero si no puede evitar ambas cosas, aunque la voluntad del escritor nos sea incierta, no es inútil haber elaborado una conveniente

sentencia ajustada a la fe» (*Sobre el Génesis a la letra I,21,41*; Hipona, años 401 a 416).

p. En ella es Cristo mismo, Verbo del Padre, quien por el Espíritu se nos comunica

19) «Me he acercado con dulzura a este alimento [las Escrituras], donde aprendí que el hombre no debe vacilar al contestar conforme lo exige la fe, lo que se ha de responder a los hombres que pretenden calumniar los libros de nuestra salud. Y, por tanto, decirles que todo lo que ellos pudieron demostrar con documentos veraces sobre la naturaleza de las cosas, en nada se opone a los divinos libros. Y también que todo lo que en cualesquiera de sus escritos presenten ellos contrario a nuestros divinos libros, es decir, a la fe católica, o les demostraremos con argumentos firmes que es falso, o sin duda alguna creamos que no es verdadero. Así, pues, nos quedemos con nuestro Mediador, en el cual están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, para no ser engañados por la locuacidad de la errónea filosofía, ni atemorizados por la superstición de la falsa religión» (*Sobre el Génesis a la letra I,21,41*; Hipona, años 401 a 416).

q. La «lectio divina» no solamente necesita del silencio exterior, sino que exige silencio interior

20) «Lo que se dijo ayer llamó la atención de ustedes, y por eso se ven hoy aquí reunidos con más satisfacción y en mayor número. Primero sigamos por orden la explicación del texto evangélico, si les place. Después les diré cuánto se ha hecho y cuánto se espera hacer todavía por la paz de la Iglesia. Ahora, pues, pongan toda la atención de su corazón al Evangelio. Nadie se distraiga en otras cosas, porque si se permite divagar de pensamiento en pensamiento, no se percibirá ni se retendrá nada de la

Palabra de Dios» (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 12,1; Hipona, este tratado h. 406/407)¹².

r. Sólo quien escucha la Palabra sagrada puede interpretar verdaderamente la voluntad de Dios

21) «Si al leer nos encontramos con algunos escritos, y de ellos divinos, que traten de cosas oscuras y ocultas a nuestros sentidos, y poniendo nuestra fe a salvo, por la que nos alimentamos, podemos descubrir varias sentencias; a ninguna de ellas nos aferremos con precipitada firmeza a fin de no caer en el error; pues tal vez más tarde, escudriñada con más diligencia la verdad, caiga por su base aquella sentencia. Luchamos por nuestro gusto y parecer, y no por lo que Dios quiere, cuando queremos que la Divina Escritura diga lo que nosotros decimos, en lugar de estar dispuestos a decir nosotros lo que dice la Palabra de Dios, como así debería ser» (*Sobre el Génesis a la letra* I,19,37; Hipona, años 401 a 416).

s. La santa Escritura nos llena el corazón para momentos de prueba

22) «Cierta hombre del partido de Donato, acusado y excomulgado por los suyos, vino a mí, buscando aquí lo que allí había perdido (...). Gemía herido y no se consolaba, tenía en su conciencia horribles pesadumbres secretas. Traté de consolarle con la palabra de Dios; pero él no era del número de las sabias homigas, que recogen durante el verano para tener con qué vivir en el invierno. Cuando reina la tranquilidad,

¹² *Tractatus in evangelium Ioannis (In Ioh.)*: compuestos en Hipona; tratados primero a dieciséis h. 406/407, a más tardar 408; diecisiete a ciento veinticuatro después de 418, o tal vez 422. Comentario de carácter pastoral, pero valioso por sus aportes doctrinales, filosóficos y espirituales.

Texto latino en PL 35, 1379-1976; ed. crítica de R. Willems en CCL 36 (1954). ODSA, t. XIII, 1955 (BAC 139) [= tratados 1-35] y t. XIV, 1957 (BAC 165) [= tratados 36-124].

entonces debe el hombre recoger para sí la palabra de Dios y esconderla en el interior de su corazón, conforme oculta la hormiga en socavadas estancias los trabajos del verano. Durante el verano se dedica a hacer esto; llega el invierno, es decir, se presenta la tribulación, y si no encontrase interiormente comida, necesariamente perecería de hambre. Este no había atesorado la palabra de Dios; sobrevino el invierno, y no encontró aquí, de donde sólo podía recibir consuelo, lo que buscaba, puesto que tampoco podía recibirle de la palabra de Dios, que no atesoró» (*Enarraciones sobre los salmos* 36,2,11; Hipona, años 394 - h. 422).

t. Acogerla amistosamente excita la esperanza y se transforma en oración: ¡nos embriaga de Cristo!

23) «Lee todos los libros proféticos. Si no ves en ellos a Cristo, ¡qué insípidos y qué sin sentido los hallarás! En cambio, si ves allí a Cristo, no sólo tiene sabor lo que lees, sino que llega también a embriagarte. Levanta tu alma sobre tu cuerpo con el fin de que, olvidado lo pasado, te extiendas a lo que tienes delante de los ojos» (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 9,3; Hipona, este tratado h. 406/407).

24) «... Los llamó insensatos el Señor precisamente por eso, porque aún les sabía a agua, no a vino. ¿Cómo se hizo vino el agua? En el momento de abrirles la inteligencia y explicarles las Escrituras, comenzando desde Moisés y recorriendo todos los profetas (...). Vieron en estos libros a Cristo, en donde antes no le veían. Jesucristo nuestro Señor convierte el agua en vino y ya adquiere sabor lo que no tenía, ya embriagaba lo que primero no embriagaba» (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 9,5; Hipona, este tratado h. 406/407).

u. La Palabra de Dios nos mueve a la conversión sincera

25) «Busquemos al adversario con quien hemos de reconciliarnos, para que no nos entregue al juez y el juez al alguacil. Busquémosle y reconciliémonos con él. Si pecas, tu adversario es la palabra de Dios. Pongamos un ejemplo: Quizá te gusta emborracharte. Ella te dice: "No lo hagas". (...) Ella es el adversario de tu voluntad hasta que llegue a convertirse en autora de tu salvación. ¡Oh buen enemigo! ¡Qué provechoso

adversario! No busca nuestra voluntad, sino nuestra utilidad. Es nuestro adversario, mientras lo somos nosotros de nosotros mismos. Mientras tú seas adversario de ti mismo, tendrás adversa la palabra de Dios. Hazte amigo de ti mismo y te habrás reconciliado con ella» (*Sermón* 109,3; sobre los signos de los tiempos; fecha y lugar desconocidos).

v. Ella denuncia serena, pero resueltamente, nuestras tendencias idolátricas: se opone a que demos culto al propio yo

26) «Una cosa es no entender cuando alguno lo intenta y no puede por la flaqueza de la carne (...), y otra es no entender cuando obra perniciosamente contra sí mismo el corazón humano; de suerte que lo que pudiera entender si tuviera buena voluntad, no lo entiende, no porque sea difícil, sino porque existe una voluntad opuesta. Esto lo ejecuta cuando ama sus pecados y aborrece los preceptos de Dios. La palabra de Dios es tu adversaria, si tú eres amigo de tu perversidad. Por el contrario, si tú te opones a tu iniquidad, la palabra de Dios es tu amiga, y adversaria de tu iniquidad. Luego si odiaste a tu iniquidad, te unes a la palabra de Dios, y así serán dos los que luchan contra ella para aniquilarla; tú y la palabra de Dios. Tú, por tus solas fuerzas, no puedes nada, pero te ayuda aquel que te entregó su palabra, y de este modo la iniquidad es vencida. Si tú la odiaste, Dios perdona y quedarás libre; si, por el contrario, la amas, pernicioso será para ti entender lo que contra ella se dice» (*Enarraciones sobre los salmos* 35,1; Hipona, años 394 - h. 422).

w. La Palabra exige el abandono confiado de nuestra parte, pues siempre viene cargada de amor

27) «*Sus palabras son suaves como el aceite y ellas son dardos.* Algunas cosas de las Santas Escrituras parecen duras cuando están ocultas, pero son suaves aclaradas. Así tenemos que el primer cisma entre los discípulos de Cristo se originó por la dureza de un sermón [*Jn* 6,54-69: comer y beber su sangre para tener vida]. (...) Atiendan, les ruego, y como párvulos aprendan la piedad. ¿Acaso entendía Pedro ya el secreto de

aquella palabra del Señor? Aún no la entendía; pero, viendo que eran buenas las palabras que no entendía, creyó con reverencia. Luego, si es duro el discurso y aún no se ha entendido, sea duro para el impío, pero suave para ti, porque llegará el tiempo en que se aclare y se te convierta en aceite y penetre hasta los huesos» (*Enarraciones sobre los salmos 54,23*; Hipona, años 394 - h. 422).

x. Nos invita a ser coherentes con lo escuchado, a no sustraernos a las interpelaciones de Dios

28) «Hay una voz, una voz del pastor, en la cual las ovejas no atienden a los extraños, y las que no son ovejas no oyen a Cristo (...). No desatiende esta voz la oveja propia; la extraña no la oye. Pues Cristo le da esta voz para que permanezca con Él hasta el fin; pero deja de oírla si no persevera con Él hasta el fin (...). Voz excelente, hermanos, verdadera, pastoral; ésta es la voz de salvación en la morada de los justos. Fácil es oír la voz de Cristo, fácil es alabar el Evangelio, fácil es aclamar al predicador; pero perseverar hasta el fin, es propio de las ovejas que oyen la voz del pastor (...). Si eres oveja y perseveras hasta el fin, serás salvo. Por esta razón, los suyos aprecian esta voz, los extraños no la escuchan» (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 45,13*; Hipona, este tratado después de 418, o tal vez 422).

y. Frente al aparente «silencio» de Dios que pone a prueba nuestra paz, seamos pacientes y perseverantes: acojamos siempre la Palabra, aunque sea misteriosa

29) «En la dificultad o en la imposibilidad de entender (...), venera la Escritura de Dios, honra la palabra de Dios, aún la que no es patente; pospón la inteligencia a la piedad. No seas insolente censurando de oscuridad o malignidad a la Escritura. Nada hay en ella injusto; y, si hay algo oscuro, no es para que se te niegue su entendimiento, sino para hacer desear lo que ha de recibirse. Luego, si hay algo oscuro, el Médico lo recetó de este modo para que llames; quiso que te ejercitases llamando. Lo

quiso así para abrir al que llama. Llamando, te ejercitarás; ejercitado, te harás más capaz; siendo más capaz, percibirás lo que se da» (*Enarraciones sobre los salmos* 146,12; Hipona, años 394 - h. 422).

z. Se opone a la autosuficiencia del hombre

30) «... Me decidí a leer las Sagradas Escrituras, para ver cómo eran. Y me encontré con algo desconocido para los soberbios y no comprensible a los niños: era una verdad que caminaba al principio con modestos pasos, pero que avanzaba levantándose siempre más, alcanzando alturas sublimes, toda ella velada de misterios.

Yo no estaba preparado para entrar en ella, ni dispuesto a doblar la cerviz para ajustarme a sus pasos. En ese mi primer contacto con la Escritura no era posible que sintiera y pensara como pienso y siento ahora; como era inevitable, me pareció indigna en su lenguaje, comparada con la dignidad de Marco Tulio [Cicerón]. Mi vanidosa suficiencia no aceptaba aquella simplicidad en la expresión; con el resultado de que mi agudeza no podía penetrar en sus interioridades...» (*Confesiones* III,5,9)¹³.

31) «... Si queda todavía algo oculto en estas honduras y en estos tesoros de los misterios de Dios, los más diligentes y más dignos pueden descubrirlo. Nosotros, en la medida de nuestra comprensión, y según lo que Dios nos ayudó y nos concedió, hemos dicho lo que hemos podido y el tiempo ha permitido. Si alguno de ustedes comprende que hay algo más, llame a la puerta de aquel de quien también nosotros hemos recibido lo que

¹³ *Confessionum libri XIII (Conf.)*: Hipona; 397-401. Obra de valor literario y autobiográfico (siempre que se distinga entre hechos narrados y el juicio del autor, que es el de Agustín ya obispo); y además no escasa en varios temas fundamentales: el mal, la creación, el tiempo, el itinerario del alma hacia Dios, la gracia.

Texto latino en PL 32, 659-868; editado también por M. Skutella, Leipzig, 1934. ODSA, t. XI, ⁵1968 (BAC 11). De esta obra existen otras traducciones castellanas, entre ellas señalamos la de J. Cosgaya en *San Agustín. Confesiones*, Madrid, ²1988 (BAC Minor, 70), y la de A. Brambilla en *San Agustín. Confesiones*, Buenos Aires, 1990.

pudimos comprender y decir. Ante todo, quédense con esto: aunque no comprendan las Escrituras, no se inquieten; si las han entendido, no se hinchen; al contrario, lo que no han entendido difiéranselo reverentemente; lo que comprenden, reténganlo con amor» (*Sermón* 51,35; sobre la genealogía de Cristo según Mateo y Lucas; época del presbiterado, lugar desconocido).

32) «Les hablo yo, que, engañado en otro tiempo, siendo aún jovenzuelo, quería acercarme a las divinas Escrituras con el prurito de discutir, antes que con el afán de buscar. Yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor con mis perversas costumbres: debiendo llamar para que se me abriese, empujaba la puerta para que se cerrase. Me atrevía a buscar, lleno de soberbia, lo que no se puede encontrar sino desde la humildad. ¡Cuánto más dichosos son ustedes ahora! ¡Cuánto mayor es su seguridad en aprender, cuánto mayor la protección de que gozan quienes, aún pequeñuelos, están en el nido de la fe y reciben el alimento espiritual! Yo, en cambio, como un desdichado, creyendo que ya era capaz de volar, abandoné el nido, y antes de volar caí al suelo. Pero el Señor misericordioso me levantó para que no muriese pisoteado por los transeúntes y me puso de nuevo en el nido. Las cosas que ahora, ya seguro en la fe, les propongo y expongo, fueron las que me turbaron» (*Sermón* 51,6; sobre la genealogía de Cristo según Mateo y Lucas; época del presbiterado, lugar desconocido).

a1. La Palabra de Dios, siempre misteriosa, pide la rendición de toda la persona, nuestro sometimiento en la fe, a pesar de la sensación de vaciedad y nada

33) «Confieso a tu caridad que sólo a aquellos libros de las Escrituras que se llaman canónicos he aprendido a ofrendar esa reverencia y acatamiento, hasta el punto de creer con absoluta certidumbre que ninguno de sus autores se equivocó al escribir. Si algo me ofende en tales escritos, porque me parece contrario a la verdad, no dudo en afirmar o que el códice tiene una errata, o que el traductor no ha comprendido lo que estaba escrito, o que yo no lo entiendo. Pero, cuando leo a los demás autores, aunque se destaquen por la mayor santidad y sabiduría, no admito

que su opinión sea verdadera porque ellos la exponen, sino porque lograron convencirme, recurriendo a los autores canónicos o a una razón probable que sea compatible con la verdad. No creo, hermano, que tú opines otra cosa; no creo, digo, que tú quieras que se lean tus libros como los de los profetas y apóstoles, libres de todo error y acerca de los cuales sería abominable dudar. Lejos eso de tu piadosa humildad y del concepto veraz que tienes de ti mismo» (*Epístola* 82,3; a Jerónimo; Hipona, años 404/405).

b1. Espera nuestra fidelidad total

34) «No ejerzas la usura. Tu censuras a la Escritura, que dice: *No dio su dinero a usura*. Yo no escribí esto, no salió por primera vez de mi boca; oye a Dios; Él dice que los clérigos no presten a usura. Quizá el que te habla no presta a usura; pero, si presta, cree que él presta. ¿Acaso presta a usura aquel que habla por Dios? Si hace lo que te dice y tú no lo haces, tú irás al fuego, él al cielo. Si no hace lo que te dice y hace igualmente el mal que tú haces, diciendo cosas buenas que no hace, irá contigo al fuego. Arderá el heno, pero la palabra de Dios permanece eternamente. ¿Acaso arderá la palabra que por él se te habló? El que te habla, o es Moisés, es decir, el siervo de Dios justo y bueno, o el fariseo, que se sentó en la cátedra de Moisés. Oíste decir de ellos: *Hagan lo que dicen, no hagan lo que hacen* (Mt 23,3). No tienes excusa, puesto que te habla la palabra de Dios» (*Enarraciones sobre los salmos* 128,6; Hipona, años 394 - h. 422).

c1. La Palabra se nos hace clara cuando reina la armonía del corazón y la convivencia fraterna

35) «Pongámonos de acuerdo con nuestro corazón, y la Escritura santa no aparecerá discorde en ninguna de sus partes. Son totalmente ciertas; una y otra cosa son verdaderas, pero debemos discernir cuándo hemos de hacer una cosa y cuándo otra; a veces hay que corregir al hermano a solas, y otras veces hay que corregirlo en presencia de todos

para que los demás sientan también temor. Si una vez hemos de hacer esto y otra aquello, tenemos la concordia de las Escrituras y, llevándolo a la práctica y obedeciendo a los preceptos, no erraremos» (*Sermón* 82,9; sobre la corrección fraterna; probablemente Milevi, entre 408-409).

d1. Aunque pronunciada en el pasado, porque es de Dios es siempre actual, vigente y operante en todos los tiempos

36) «Hay en las santas Escrituras profundos misterios, que se ocultan para que no se envilezcan, que se investigan para ejercitarnos, que se declaran para que nos sirvan de alimento» (*Enarraciones sobre los salmos* 140,1; Hipona, años 394 - h. 422).

e1. La disponibilidad ante la Palabra reclama el vacío de sí mismo y al amor a lo que Dios desea

37) «Luchamos por nuestro gusto y parecer, y no por lo que Dios quiere, cuando queremos que la Divina Escritura diga lo que nosotros decimos, en lugar de estar dispuestos a decir nosotros lo que dice la Palabra de Dios, como así debería ser» (*Sobre el Génesis a la letra* I,19,37; Hipona, años 401 a 416).

f1. Invita a compartir en el amor con los demás

38) «El que juzga haber entendido las divinas Escrituras o alguna parte de ellas, y con esta inteligencia no edifica el doble amor de Dios y del prójimo, aún no las entendió. Pero quien hubiera deducido de ellas una sentencia útil para edificar la doble caridad, aunque no diga lo que se demuestra haber sentido en aquel pasaje el que la escribió ni se engaña con perjuicio, ni miente» (*Sobre la doctrina cristiana* I,36,40; Hipona, este libro año 397).

g1. La Sagrada Escritura siempre es útil para edificar la caridad, más allá de la comprensión que tengamos de ella

39) «Todo el que entiende en las Escrituras otra cosa distinta a la que entendió el escritor, se engaña, sin mentir ellas. Mas, como dije al principio, si se engaña en su parecer, pero no obstante en aquella sentencia edifica la caridad, la cual es el fin del mandato, se engaña como el caminante que abandonó por equivocación el camino y marcha a campo traviesa viniendo a parar a donde le conducía el camino. Sin embargo, se le debe corregir y demostrar cuán útil es no abandonar el camino, no sea que por la costumbre de desviarse se vea obligado a seguir otro rumbo alejado u opuesto a la verdad» (*Sobre la doctrina cristiana* I,36,40; Hipona, este libro año 397).

h1. Da la gracia de la apertura del corazón al amor

40) «Ante todo, quédense con esto: aunque no comprendan las Escrituras, no se inquieten; si las han entendido, no se hinchen; al contrario, lo que no han entendido difieranlo reverentemente; lo que comprenden, reténganlo con amor» (*Sermón* 51,35; sobre la genealogía de Cristo según Mateo y Lucas; época del presbiterado, lugar desconocido).

ii. Junto a la Palabra, que se ofrece para ser acogida, se da la intervención del Espíritu Santo que devela sus misterios

41) «Nadie duda que se conoce cualquier cosa con más gusto por semejanzas; y que las cosas que se buscan con trabajo se encuentran con mucho más agrado. Los que de ningún modo encuentran lo que buscan sienten hambre; y los que no buscan porque lo tienen a la mano muchas veces por el hastío desfallecen. En uno y otro caso se ha de evitar la inacción. Por eso el Espíritu Santo magnífica y saludablemente ordenó de tal modo las Santas Escrituras, que por los lugares claros satisfizo nuestra hambre, y por los oscuros nos desvaneció el fastidio. En verdad, casi nada sale a la luz de aquellos pasajes oscuros que no se halle ya dicho

clarísimamente en otro lugar» (*Sobre la doctrina cristiana* II,6,8; Hipona, este libro año 397).

Monasterio Ntra. Señora de los Ángeles

C.C. 34

7300 Azul (B)